



Recordando sucesos pasados y empezando á contar desde el primer descubrimiento cómo quedaron siempre justificadas por los acontecimientos las diferentes predicciones de Colon, la mayor parte de los marineros y hasta de los pilotos no distaron mucho de imaginar que tal vez llamaba en su socorro á la mágia y se va-

lia de las artes de los encantadores, ó que al ménos, en las grandes circunstancias, estaba dotado de una inspiracion casi divina (3).

(3) «Di che poi preeso alla gente di mari egli fu tenuto per sapientissimo e divino nelle cose della navigazione.»—Fernando Colon, cap. LXIII.

Hastiado Colon del mundo viste públicamente el hábito franciscano.—Invitanlo SS. AA. á trasladarse á la córte.—Llega, y á su vista olvida la reina las acusaciones.—Salida de la infanta doña Juana para Flándes.—El lapidario de Búrgos.—Entrada en España de la princesa Margarita.—Su casamiento con D. Juan.—Muerte inesperada del principe de Astúrias.—Aficción de doña Isabel.—Medidas que se toman con respecto á las colonias.—Descrédito de las Indias en la opinion pública.—Necesidad de reclutar colonos en los presidios y galeras.—Rehusa Colon un estado de mil doscientas cincuenta leguas cuadradas y el título de duque.—Funda un mayorazgo.—Conciertan sus enemigos ciertos ultrajes para inferírseles en los momentos de salir de Sanlúcar de Barrameda para su tercera expedicion.

Al entrar en la bahía de Cádiz vió Colon tres buques con pabellon de partenza que, con viveres y municiones, se disponian á zarpar en demanda de la Española bajo las órdenes de Pero Alonso Niño, su antiguo piloto, que inmediatamente le remitió los despachos que tenía para él. Despues de haberlos leído creyó el almirante deber modificar algun tanto las instrucciones que habia dado á D. Bartolomé.

La flota se hizo á la vela, y Colon volvió á ocuparse de la suerte de los enfermos y de los pobres que traía á su bordo.

Su paternal solicitud para con ellos les dió á conocer al hombre que habian calumniado; se embarcaron llenos de animosidad hácia él, y al fin del viaje estaban tan reconocidos á su bondad como indignados de las ofensas con que Aguado se hiciera culpable en sus procedimientos contra el virey de las Indias.

No partió Colon acto continuo para la córte, como, siguiendo á Herrera, se ha repetido, porque, despues de informar á los reyes de su llegada, debió aguardar sus órdenes. Treinta dias despues le escribieron de Almazan (12 de Julio de 1497) (1).

(1) Coleccion diplomática. Original en el archivo del duque de Veragua.

## CAPÍTULO XXVII

Todo este tiempo lo tuvo Aguado por suyo para ponerse de acuerdo con el ordenador general de la marina, mostrarle su voluminosa sumaria, añadir de viva voz sus comentarios y preparar á los reyes. No fueron en vano sus esfuerzos, é Isabel, luégo de haber oido en multitud de ocasiones las quejas de Pedro Margarit y del P. Boil, pudo recoger los no ménos hostiles testimonios de los comendadores Arroyo y Gallego, de Rodrigo Abarca, de micer Girao y de Pedro Navarro, todos de la servidumbre del alcázar y á quienes, de contado, daba crédito.

Durante el mes que trascurrió entre la llegada de Colon y la respuesta de los reyes, las historias pierden de vista al almirante y sólo se sabe que, disgustado de los engaños y flaquezas de la córte y sin tener en cuenta otra cosa que Dios, hubiera querido, desde aquel entónces, separarse del mundo. Y sin reparo á la crítica se dejó crecer la barba y vistió públicamente el hábito franciscano, un tanto corto, y sobre él el cordon: no estamos muy léjos de pensar que abrigara el pensamiento de seguir á la Rábida á su venerable amigo fray Juan Perez de Marchena, que tornaba á sepultarse en ella.

Desde ésta época ya no vuelue á mencionarse.





se al noble protector de Colon. Despues de haber sospechado la existencia del Nuevo Mundo, la mision de su revelador, y cooperado con sus ruegos á su descubrimiento; despues de haber tenido el dulce consuelo de contemplar las maravillas del Supremo artifice en las nuevas regiones, de ofrecer en ellas, el primero, el santo sacrificio, y de presenciar los grandes é imponentes espectáculos de la naturaleza, entraba en un solitario claustruo, donde, olvidado de los hombres, pero visto de Dios, prosiguió sirviéndolo con ejemplar eficacia hasta que lo llamó á sí. Los archivos del convento de la Rábida, que conte uan detalles interesantes acerca de Colon y el guardian Juan Perez, quedaron, por desgracia, destruidos, durante la guerra de la Independencia, y sólo se sabe que, cuando el pleito de los herederos del almirante contra el fiscal, ya hacia muchos años que el P. Marchena no existia.

Ciertos escritores, incapaces de comprender el carácter eminentemente cristiano del virey, no han podido explicarse lo del hábito religioso usado por él á la vuelta de su segundo viaje. Washington Irving supone que lo vistió á consecuencia de algun voto contraido en un momento de peligro (1); pero, en primer lugar, tal idea carece de fundamento, pues no experimentó en la expedicion á que se refiere más dificultades que viento de proa, pero bonancible y alternando con calmas, y en segundo, va contra la verdad de los hechos, pues la historia de Oviedo no deja la menor duda sobre el motivo que lo indujo á vestir aquel traje, diciendo que fué por hastío del mundo (2) y por el dolor que le causó la injusticia con que se vió tratado. Las Casas expone haber visto al almirante en las calles de Sevilla equipado poco más ó menos como un fraile francisco (3); el cura de los Palacios escribe que recibió en su casa á Colon, por ese tiempo, con el cordon de San Francisco á la cintura, y un ropaje cuyo

(1) Washington Irving, *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. IX, cap. II.

(2) Oviedo y Valdés, *Historia natural y general de las Indias*, lib. II, cap. XIII.

(3) Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. I, capítulo CII, Ms.

corte y color recordaba el de los religiosos de la Orden Seráfica (1), y Mr. Alejandro Humboldt reconoce que, «por devocion, se dejó ver en las calles de Sevilla vestido de franciscano» (2).

Luégo, gratuitamente supone Washington Irving, una promesa que ninguna circunstancia motivaba y de la que no habla ninguna relacion.

Vino al fin la carta de los Reyes. Lo felicitaban por su llegada y lo invitaban á trasladarse á la córte así que hubiese descansado de sus fatigas y trabajos, tratándolo, en su contexto, con las frases más benévolas y honrosas. Inmediatamente se puso en camino para Búrgos, donde se hallaban SS. AA., y en el viaje, para combatir las prevenciones que los desertores de la Isabela habian inspirado contra el descubrimiento, mostraba gustoso las rarezas que traia, las máscaras y las pepitas de oro y los indios, y hacia poner al cuello del pariente de Caonabo una cadena de oro de seiscientos castellanos de peso.

Cualesquiera que hubiesen sido las acusaciones lanzadas contra el almirante, así que se presentó, Isabel lo olvidó todo y no experimentó más sentimientos que el de la atraccion natural y el del interes y respeto que inspiraba á su alma el enviado de la Providencia; y como su sólo aspecto era una refutacion á sus enemigos, no volvió á tratarse de las acusaciones de Pedro Margarit, ni del P. Boil, ni menos de los informes del comisario régio Aguado.

Colon expuso, en su realidad, la situacion de la colonia, y entónces supo Isabel la verdadera causa que lo forzó á poner en práctica medidas de salvacion que el egoismo y la vanidad tachaban de rigurosas y crueles. Refirió á los soberanos sus nuevos descubrimientos del archipiélago de las Caribes, de Cuba y de Jamaica; les habló de las minas de Cibao y de Hayna, les presentó carátulas de oro, cinturones adornados del mismo metal, bolsas llenas de oro de Cibao, y pepitas como habas y hasta

(1) Andrés Bernaldez, *Historia de los Reyes Católicos*, cap. VII, Ms.

(2) Humboldt, *Histoire de la géographie du Nouveau continent*, t. I, p. 22.



como nueces, procedentes de las descubiertas en los dias de partir. Y tambien les mostró objetos desconocidos en Europa, tales como piedras sagradas, idolillos, armas, instrumentos, plantas, animales y aves nunca vistas. Tantas y tales producciones encantaron á la reina; pero su consorte quedó más satisfecho de los minerales que del resto de la exposicion. Ambos dieron gracias al almirante, lo colmaron de palabras afectuosas y lo trataron públicamente con la mayor honra posible, con gran sentimiento de sus adversarios.

Si no fuera cosa sabida la nobleza y rectitud de corazon de la Reina, cuyos hermosos impulsos eran tan incompatibles con el disimulo y la doblez, se tendria una prueba irrecusable de su sinceridad en la carta que dirigió á Colon desde el pueblo de Laredo, en 18 de Agosto, rebotando bondad y maternal reconocimiento con motivo de darle gracias por su consejo sobre el camino que debía tomar la flota que llevaba á Flándes á la infanta doña Juana, prometida del archiduque Felipe de Austria. No es posible hallar en una correspondencia oficial palabras más lisonjeras, ménos buscadas, mejor sentidas y más expresivas. Isabel le agradecia dos veces su indicacion por el acierto de su parecer, siempre de tanto peso, y por la ingeniosa delicadeza de su atencion, á que se unia la oportunidad de la llegada de su carta en los instantes de marchar, y ponía de relieve en aquella ocasion el celo y el amor de que siempre habia dado tan altas pruebas en cuanto concernia á su servicio (1); y le decia, al concluir, que quedára cierto de que recibia su misiva como de un muy íntimo y muy leal servidor de su persona.

Despues de quedar embarcada su hija, á la que rodeó de un cortejo de nobles aragoneses y castellanos, no pudo la Reina resolverse á separarse de ella inmediatamente, y permaneció en su compañía dos dias y dos noches á bordo de la capitana (2). La escuadra, compuesta de

(1) *Carta de la Reina Católica al almirante D. Cristóbal Colon*. Archiv. de Simanc., lib. gen. de la cámara de 1496.

(2) Ferreras, *Historia general de España*, t. VIII, p. 173, en 4.º

ciento treinta velas, bajo las órdenes del grande almirante de Castilla D. Fadrique Henriquez, conducia un ejército de veinte mil hombres, y zarpó el 22 de Agosto con buen viento. Cuando la afligida madre tornó á Búrgos, empezó á ocuparse de los preparativos para recibir á la princesa Margarita, hija del emperador Maximiliano III, que en la magnífica armada que conducia á doña Juana vendria para dar su mano al príncipe de Asturias D. Juan. Espléndidas fueron las disposiciones que se tomaron al efecto.

En medio de estos maternales cuidados, no podia Colon, so pena de ser importuno, instar á la reina para que dispusiera inmediatamente lo necesario para emprender un tercer viaje de descubrimiento, y así, como la vez primera, debía esperar en silencio y refrenar de nuevo su legítima impaciencia. Durante su forzada inaccion en Búrgos, tuvo ocasion de relacionarse pronto y estrechamente con un sujeto de aquella ciudad, que ya habia sido su correspondiente á instancia de Isabel ántes de su vuelta de la isla Española, pero á quien no conocia sino por su fama.

Este personaje, con entrada en el régio alcázar y amigo del gran cardenal, era un joyero con tienda en muchas ciudades, y particularmente en la de Búrgos. Se llamaba Jaime Ferrer, y sus ilustres conocimientos, su fácil acceso en las casas principales, su modestia, mezclada de firmeza, y su manera de tratar las gentes y los negocios, prueban que, además de su mérito personal, era de buena familia (1), á lo cual es preciso añadir su parentesco con su omónimo Jaime Ferrer, el antiguo cosmógrafo. Si mosen Jaime no hubiera sido el más honrado y prolijo de los lapidarios, le bastáran para recomendarse á la posteridad sus talentos de observador, de viajero, de políglota, de matemático, de astrónomo, de cosmógrafo, de metalúrgico, de erudito, de poeta y de casi teólogo, y podemos añadir, de pensador libre, en la acepcion católica de la palabra. Jaime Ferrer,

(1) Su solo nombre lo indicaba, pues se llamaba y firmaba Jaime Ferrer de Blanes, y generalmente se le calificaba de mosen ó micer.





malamente olvidado por los historiadores de Colon, era, aparte de los grandes señores y personajes políticos, una de las más notables individualidades contemporáneas de España. Habiendo viajado en más de una ocasión por sus asuntos en Génova, Venecia, las escalas de Levante, Egipto, Palestina, Siria, frecuentado los bazares del Cairo, Damasco, Alepo y Bagdad, y traficado con los comerciantes árabes, venidos en caravanas de Persia y del Corazan, y con otros que llegaban de la mar de las Indias, pasando por la Meca, habia adquirido acerca del continente asiático más exactas y extensas nociones que los demas geógrafos. Verbi gracia, sabia que en aquellos momentos, en las Indias, donde no habia penetrado aún ningun misionero, moraban cristianos, descendientes de aquellos que habia evangelizado el apóstol, por un instante incrédulo, Santo Tomas, mil cuatrocientos sesenta y dos años ántes, y que su cuerpo (1) yacia allí, milagrosamente conservado. No obstante buscar las gomas, las esmeraldas, los topacios y los zafros de Oriente, el honrado lapidario no limitaba sus esperanzas, ni á tales preciosidades, ni á sus cofres, repletos de cequíes y ducados, ni se detenia en la parte puramente teórica de las ciencias, que su afinidad espiritual, tanto como su afición á la lengua italiana, lo habian hecho intérprete del pensamiento religioso de Dante. Y en los libros del oscuro desterrado de Florencia habia recogido las enseñanzas católicas veladas bajo las alegorías del poeta, y compuesto con ellas una obra bajo el título de *Sentencias católicas del divino poeta Dante* (2).

Jaime Ferrer, despues de tratar á musulmanes, judíos, cismáticos, griegos, persas, semi-idólatras, tártaros, etíopes é indos, comprendió la increíble superioridad del catolicismo sobre todas las religiones.

Habia estudiado el globo tanto como lo per-

(1) Decia el 5 de Agosto de 1495, hablando del Apóstol y de la mar de las Indias: «En el *Signus magnus*, acerca del cual el glorioso Tomas dejó su sancto cuerpo.» Nuestros primeros misioneros han hallado, en efecto, en las Indias cristianos que han designado con el nombre de *Cristianos de Santo Tomas*.

(2) Este libro, hoy muy raro, se imprimió en Barcelona en 1495.

mitia el estado de las comunicaciones y adelantos de su época, y profundizado la historia de la humanidad, y bien puede decirse que el lapidario de Búrgos era anticipadamente de la escuela de Bossuet, de J. de Maistre y de Ventura de Ráulica; que las páginas que de él nos quedan no serian desaprobadas por ninguno de estos hombres ilustres. Una elevacion de espíritu proporcionada á tanta variedad de conocimientos no podia pasar desapercibida; por eso el episcopado español tenia en gran estima al joyero que el gran canceller honraba con el título de amigo, y en quien los cosmógrafos en general reconocian un maestro.

Así que, sus conocimientos técnicos le permitieron apreciar mejor que á otro alguno la sublimidad de Colon y reconocer su destino providencial; y como sabia perfectamente de cuántas imperfecciones adolecia la ciencia náutica, la incertidumbre de la geografía [y la impotencia del compas para tamaña empresa, comprendia de cuán poco le habrian servido tales recursos para la ejecucion de su obra, y por eso llamaba al descubrimiento «más divina que humana peregrinacion.» Sin embargo, su reserva y su modestia le habrian tal vez impedido para siempre el entrar en relaciones personales con el virey de las Indias si la ingeniosa Isabel no se lo hubiera ordenado afectuosamente bajo las apariencias de un deseo; la reina conoció la mútua simpatía de aquellas dos inteligencias y se complació en servir de medianera para que se acercáran y se unieran.

Se debe tener presente, que en tiempo de las reclamaciones de Portugal contra la línea pontificia, el gran cardenal de España hizo que su amigo el lapidario de Búrgos se pusiera en camino para Barcelona con sus mapas é instrumentos de matemáticas. Más de un año despues, á pesar del tratado de Tordesillas, como no hubiera terminado aún la discusion, Ferrer escribió (27 de Febrero de 1495) á la reina con el objeto de comunicarla su parecer relativamente á los medios geográficos de resolver el problema, á cuya carta contestó Isabel (1) des-

(1) Carta de la reina, fecha 28 de Febrero de 1495, *Coleccion diplomática*, docum. número LXVIII.



de Madrid, dándole gracias por su servicio, que calificaba de estado, y convidándolo á venir á la córte en el mes de Mayo siguiente.

En su carta á la reina decia el lapidario, al hablar de Cristóbal Colon: «Y creo que la divina Providencia le tenia por electo por su grande misterio y servicio en este negocio, el cual pienso es disposicion y preparacion del que para delante la misma divina Providencia mostrará á su gran gloria, salud y bien del mundo» (1).

Recibió de parte de la reina el lapidario la más favorable acogida. Parece que entónces le hizo merced del título de Don, y que además lo agregó á la servidumbre del príncipe de Asturias (2) en calidad de paje trinchante.

Como cuando D. Jaime Ferrer tuvo la honra de explanar de viva voz sus ideas á la reina, ésta le aconsejára someterlas al grande almirante del Océano, apénas vuelto á su domicilio de Búrgos (5 de Agosto de 1495), donde el joyero habia sabido formar un retiro de pensador católico estudioso, tomó la pluma, y lleno de respeto hácia Colon, le escribió, no en los términos usados en la correspondencia administrativa, cual lo hubiera hecho con otro virey, sino como á revelador del nuevo mundo, con sumision y al mismo tiempo, libertad cristiana.

Esta carta, que nos vemos en la dura necesidad de no poder reproducir completa con su grandeza natural, rápidas apreciaciones y estilo de bíblica sencillez, prueba una vez más, que desde los dias de Salomon nada es nuevo bajo el sol para la comprension humana, y que los «genios son contemporáneos siempre entre sí.» Creeríase que el lapidario de Búrgos tomó la pluma acabando de leer el *Discurso sobre la historia universal*, dos siglos ántes de que lo escribiera Bossuet. Despues de tratar en pocas líneas de la civilizacion heroica de los tiempos de Saturno y de Hércules, de los resultados de las conquistas de Alejandro el Grande y de Julio César, que, introduciendo en los pueblos

(1) *Coleccion diplomática*, docum. número LXVIII.

(2) Oviedo y Valdes.—*Quincuagenas de los generosos é ilustres, e no menos famosos reyes*, etc. Ms.

los principios del derecho y de la moral en pos de las águilas romanas, preparaban así, sin saberlo, el camino de la buena nueva, muestra Jaime Ferrer al Redentor de los hombres enviando á sus apóstoles á los cuatro vientos del cielo y distribuyéndoles la conquista espiritual del mundo; recuerda los padecimientos, las tribulaciones, el hambre, la sed, el calor, el frio, las persecuciones que estaban reservadas á aquellos hombres en recompensa de sus trabajos, y repite las siguientes palabras de «la bondad suprema á sus amigos»: Aquel que quiera venir conmigo que tome su cruz y me siga (1).

Más adelante, el confidente póstumo de Dante, declara al revelador del globo que contempla, en lo que por su mano se opera, un gran designo del Todopoderoso.

«La divina é infalible Providencia, dice, mandó al gran Tomás de Occidente á Oriente para promulgar en la India nuestra santa y católica ley, y á vos, señor, mandó por el lado opuesto, de Oriente á Occidente, para que, por voluntad divina, llegáseis á alcanzar el Oriente, las partes extremas de la India superior, para que los pueblos que no pudieron oír á Tomas conocieran la ley de la salvacion y que se cumplieran estas palabras del Profeta: «Su palabra resonará por toda la tierra.» *In omnem terram exivit sonus eorum.*

«No creo equivocarme al decir, señor, que vos ejerceis un cargo de apóstol, de embajador de Dios, enviado por los divinos decretos á revelar su santo nombre á las regiones en que la verdad está desconocida. Y no hubiera tenido nada de extraño, ni fuera contrario á la importancia de vuestra mision, el que un papa ó un cardenal de Roma tomara una parte en vuestros gloriosos trabajos;» pero la gravedad y pesos de sus grandes mandos y la dulzura de su delicado vivir les quita gana de seguir semejante camino. Y es indudable que con un fin parecido al vuestro, señor, vino á Roma el príncipe de la milicia apostólica, y que sus

(1) «Lo que dijo la bondad suprema á sus amigos, diciendo: *qui vult venire post me, tollat crucem suam et sequatur me.*»—Carta de micer Jaime Ferrer al grande almirante del océano.